



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Los orígenes del anarquismo en España

Autor/es

Adrián Hernández Aguerri

Director/es

Ignacio Peiró

Facultad de Filosofía y Letras

2021

A Flora y Blas, por su inmensa paciencia

ÍNDICE

1. Introducción
 - 1.1. Justificación
 - 1.2. Metodología
 - 1.3. Objetivos
 - 1.4. Estado de la cuestión
2. ¿Qué es el anarquismo?
 - 2.1. Un mar de corrientes: anarquismo «individual», anarcosindicalismo, cooperativismo, comunismo libertario, colectivismo, anarcoprimitivismo...
 - 2.2. El germen del movimiento libertario
 - 2.3. Los primeros anarquistas: Proudhon y Bakunin
3. La España finisecular
4. Orígenes del anarquismo en España
5. Ideal anarquista: las propuestas libertarias españolas
6. Conclusiones. ¿Por qué arraigo el anarquismo en España?
7. Bibliografía
8. Anexo
 - 8.1. Hitos-fechas clave
 - 8.2. Imágenes

RESUMEN

El anarquismo español —también el internacional— se vio ensombrecido por la espectacularidad de los atentados terroristas que unos pocos pusieron en práctica. Solo una pequeña minoría fue la que optó por la vía violenta de la «propaganda por el hecho» y perpetró los ataques contra reyes, jefes de Gobierno y demás autoridades. Y, sin embargo, desde sus orígenes, las autoridades no dejaron de ejercer una represión sistemática y brutal contra cualquier simpatizante del movimiento libertario: juicios sumarios sin garantías, torturas y ejecuciones se sucedían durante el fin de siglo y las primeras décadas del siglo XX.

Esa violencia minoritaria prevaleció en el imaginario colectivo en detrimento de la realidad culturalmente riquísima y variada del movimiento anarquista: el enorme esfuerzo cultural se vio irremediablemente empañado por el humo de las bombas y el metal de los puñales.

Solo el triunfo, ya entrado el siglo XX, del anarcosindicalismo sobre el anarquismo individual, o la conversión del segundo en el primero, encumbró al anarquismo español hasta convertirlo en un importante movimiento de masas. Y en eso precisamente, ni la violencia ni los atentados hicieron del anarquismo español algo único, reside su excepcionalidad: el gran peso político y su perduración en el tiempo.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Justificación

El presente TFG no pretende ser una apología de ninguna ideología, sino que nace de la propia curiosidad del autor acerca del tema y, en parte, del contexto político presente: ante la evidente incapacidad de la clase mandataria y el resurgimiento de la extrema derecha, es a todas luces lícito que muchos retrotraigan su mirada a las propuestas político-sociales que se desarrollaron o intentaron implantar en otro tiempo; pues nadie —ducho en Historia o ignorante de ella— puede abstraerse de su derredor, de la coyuntura en que se haya sumido, acaso sometido.

Ahora bien, fijarse en otro tiempo pasado merced a las vicisitudes del presente puede conllevar la idealización de aquel pasado o, todo lo contrario, su demonización. Muy en cuenta se ha de tenerlo para no incurrir en el ubicuo y extremadamente actual presentismo histórico, que hace de la Historia hoy un arma con fines políticamente maniqueos. El simplismo con que se trata la compleja realidad histórica es fruto y consecuencia de la ignorancia histórica que pesa sobre la mayoría ciudadana, la cual prefiere no indagar en el pasado y seguir recurriendo a tópicos revisionistas manidos al extremo. Las polémicas generadas por los renombramientos de ciertas calles y las estatuas que fueron vandalizadas por todo el mundo —incluida la del ilustre Miguel de Cervantes— son buena muestra de ello.

Advertencias aparte, este Trabajo Fin de Grado se centra en una de aquellas propuestas sociopolíticas que tan en boga estuvo a fines del siglo XIX, esto es, en el movimiento anarquista, y más concretamente en el anarquismo español. Este suscitó ya desde sus inicios un gran revuelo entre sus contemporáneos y, más tarde, entre los historiadores. Su carácter rupturista y lo atractiva que siempre es la utopía hacen que, en la actualidad, muchos sigan interesándose por la historia del movimiento anarquista.

El pequeño estudio (más descriptivo que analítico) que del movimiento libertario español contiene este TFG es, por así decirlo, la excusa para adentrarse en la compleja España *fin de siècle*, época crucial durante la que se iniciaron los cambios más notables de la historia contemporánea de nuestro país.

1.2. Metodología

El presente TFG está diferenciado por tres partes. «¿Qué es el anarquismo?» y «La España finisecular» forman el bloque introductorio que sirve, lógicamente, de

aproximación inicial, de base. Así, «¿Qué es el anarquismo?» ofrece, merced a libros de introducción al tema anarquista que han permitido adquirir los conocimientos mínimos necesarios, antecedentes, orígenes del propio anarquismo, escuelas de pensamiento, etc. «La España finisecular» es la parte del TFG en que se vislumbra el contexto político y coyuntura de la España de fin de siglo, pues es imprescindible pararse a contemplar el sustrato sobre el que emergió el movimiento, la coyuntura en que se desarrolló —ningún acontecimiento histórico puede ser comprendido fuera del contexto sociopolítico en que surgió—. Para su composición se ha recurrido principalmente a manuales de Historia generalistas, cuya lectura ha servido para introducirse al sistema político de la Restauración y las condiciones socioeconómicas de la población

«Orígenes del anarquismo en España», «Ideario anarquista: las propuestas libertarias españolas» y «Violencia anarquista» forman el bloque que podría considerarse el grueso del TFG. Bloque cuya composición ha sido fruto de la lectura de obras de investigación más exhaustivas de las diversas facetas del anarquismo, destacándose las obras colectivas que recogen numerosos artículos de los más especializados autores, así como los artículos habidos en las revistas historiográficas de acceso abierto consultadas online. Para el tema en concreto de la violencia-terrorismo anarquista es capital recurrir a las obras de Juan Avilés y Herrerín López. Igualmente capital ha sido *La ideología política del anarquismo español* de Álvarez Junco para adentrarse en la faceta política del movimiento y, sin duda, fundamental para la composición de este TFG.

La última parte, «Conclusiones. ¿Por qué arraigó el anarquismo en España?», es —a modo de corolario— un brevísimo análisis explicativo en que se intenta dar respuesta a la tan recurrente pregunta que le da título, y que se limita a recoger las tesis generalizadas en la actualidad.

1.3. Objetivos

Este TFG pretende ser un repaso global, sin mayor pretensión que la de asentar las nociones básicas necesarias para vislumbrar de algún modo las características y peculiaridades del anarquismo en España, sus orígenes decimonónicos y su consolidación hasta las primeras décadas del siglo XX. Tras ese recorrido, finalmente se intenta ofrecer una respuesta medianamente satisfactoria y coherente a la tan recurrente cuestión de por qué arraigó con firmeza el anarquismo en España o, más bien, cuáles pudieron ser las causas más o menos objetivables que fueron pábulo para su persistencia en el tiempo.

En definitiva, no será este TFG algo novedoso, ni por el tema que aborda ni por su metodología ni por las fuentes consultadas, sino que le ha servido a su autor para asentar conceptos e ideas, conocer acontecimientos ignorados y profundizar en la historia de España.

1.4. Estado de la cuestión

Las primeras obras historiográficas fueron elaboradas a fines de los '40 y publicadas durante los '50 por militantes anarquistas exiliados. Concretamente, fue José Peirats con *La CNT en la revolución española* quien abrió el camino a la historiografía anarquista. Le siguieron años después otros militantes como Gómez Casas o Abel Paz, manteniendo la misma línea de la «historia política intra-anarquista»¹: obras por y para militantes/simpatizantes que justificaban determinadas posturas políticas recurriendo a la mitificación de sus correligionarios y a los recurrentes tópicos de «honradez, sacrificio y combate»² que prevalecieron en esta perspectiva anarquista. Obras alejadas pues de la historiografía académica como tal, sino que eran —según Tavera— «libros diseñados como armas arrojadizas»³.

En 1959 el conocido historiador británico E. Hobsbawm planteó un nuevo enfoque con la publicación de *Primitive rebels*, que confería una nueva naturaleza al anarquismo del sur de España: tachó al movimiento libertario de «milenarista», pues entendía que era una rebeldía espontánea no organizada políticamente la que lo originó, un estadio primitivo de revolución. No es compartida, o es muy discutida, actualmente esta interpretación, que parece recoger la visión romántica compartida que de España tenían los historiadores británicos de fines del siglo XIX y, particularmente, la de Gerald Brenan⁴.

A finales de los '70, coincidiendo con el fin de la dictadura franquista, emergió una nueva generación de historiadores —Josep Termes, Álvarez Junco, Antonio Elorza, Clara E. Lida entre otros— que, asimilando el nuevo interés por la corriente de la historia social, sentó las bases para una historia «profesional» del movimiento obrero en España.

Se debe mencionar que hoy —a diferencia del incipiente interés que describía Álvarez Junco en 1976 en la introducción de su magistral obra— la bibliografía dedicada

¹ Tavera, 2002, p. 19

² Vicente Villanueva, 2013, p. 14

³ Tavera, 2002, p. 20

⁴ Vicente Villanueva, 2013, p. 14 y Tavera, 2002, p. 22

al anarquismo español en particular es inabarcable o, al menos, vastísima (el fácil acceso que permite internet redundando en aquella sensación de inabarcable). Existen publicadas desde pequeñas obras introductorias de claro carácter divulgativo enfocadas al público en general (Paniagua, 2012; Marín, 2010) hasta los más exhaustivos trabajos académicos acerca de los diversos aspectos de este movimiento. Son igualmente abundantes los artículos de investigación histórica habidos en diversas publicaciones online de código abierto editadas por universidades e instituciones públicas (entre estas han sido muy útiles *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*; *Hispania Nova*; *Espacio Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*). Y siguen en la actualidad apareciendo obras sobre el movimiento anarquista (Vadillo Muñoz, *Historia de la FAI. El anarquismo organizado*, 2021), lo cual revela que no es un interés pasajero entre los académicos y que, a priori, tienen buena acogida entre los lectores.

Para cerrar este «estado de la cuestión», se podría decir que la tesis compartida en la actualidad por los historiadores es la de que el anarquismo fue un movimiento variadísimo y heterogéneo tanto en planteamientos como en prácticas, sin unos rígidos preceptos escritos compendiados a modo de manuales —por así decirlo— y que precisamente por eso es por lo que pudo adaptarse a las vicisitudes del momento.

2. ¿QUÉ ES EL ANARQUISMO?

Nunca está de más el ejercicio de analizar o definir los conceptos y/o términos objeto del estudio, aunque sea solo por dar un cierto orden.

El concepto «anarquismo» está vulgarmente sometido a la más negativa acepción de «anarquía» que la RAE recoge: «desconcierto, incoherencia, barullo»⁵. Es más, la misma RAE recoge «anarquismo (doctrina que propugna la supresión del estado)» como una de las acepciones de «anarquía». De modo que nuestra propia lengua —o al menos la institución que la regula— asocia por sinonimia el movimiento social objeto de este TFG con «desconcierto, incoherencia, barullo», términos sin duda negativos. Es interesante, cuando menos, esta apreciación lingüística.

Conceptos aparte, una definición enciclopédica genérica de anarquismo que no incurriera en muchas apreciaciones incoherentes podría ser la siguiente: conjunto de principios ideológicos que convergieron en un movimiento sociopolítico que pretendía erigir una nueva sociedad igualitaria sin la mediación de Estados ni de autoridades de ningún tipo. Es pues «anarquismo» un concepto amplio que hace de aglutinante de todas las variadas manifestaciones libertarias. Al respecto —en palabras de Álvarez Junco— «el anarquismo no es una doctrina original y única, sino una variante, o conjunto de variantes, formada a partir de diversas herencias culturales y filosóficas»⁶, esto es, de nuevo el anarquismo como algo heterogéneo. También muy acertada la afirmación de Javier Paniagua de que el anarquismo «puede ser tanto una interpretación de las relaciones sociales como una actitud ante el poder, y concretamente el Estado, que generó, a finales del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX, un movimiento social y sindical con aristas intelectuales y de acción muy diversas»⁷. Dolores Marín define anarquismo como «conjunto de principios ideológicos generales, de concepciones fundamentales y de aplicaciones prácticas que aspiran a suprimir el Estado y eliminar de la sociedad todo poder político, económico, intelectual o moral a partir de la suma de las acciones individuales de todos los miembros de la sociedad»⁸.

Para cerrar esta parte sería interesante, como siempre lo es, observar la lógica que se deriva de la autopercepción, así que ¿cómo definían su propio movimiento los

⁵ Consultado en <https://dle.rae.es/anarqu%C3%ADa?m=form>

⁶ Casanova (coord.), 2012, p. 17

⁷ Paniagua, 2012, p. 15

⁸ Marín, 2014, p. 15

anarquistas? La *Revista Nueva* de Barcelona en 1924 ofrecía la definición de un militante: «todo lo que es intimidad, limpieza, negación personal a la colaboración en tareas bajas y mezquinas, es anarquismo [...] en el fondo de toda persona independiente se encuentra un anarquista»⁹. El propio Malatesta expresaba que la anarquía era «la abolición de la explotación y de la opresión del hombre, es decir, la abolición de la propiedad individual y del gobierno; la anarquía es la destrucción de la miseria, de las supersticiones, del odio»¹⁰.

2.1. Un mar de corrientes: anarquismo «individual», anarcosindicalismo, cooperativismo, comunismo libertario, colectivismo, anarcoprimitivismo...

Esa variedad de términos no hace sino evidenciar la idea de que el anarquismo no fue un bloque hermético e inmutable, sino un «universo de multiplicidad poliédrica»¹¹. Así, hubo entre los que se consideraron parte del movimiento numerosas divergencias, diversas interpretaciones que podían, incluso, entrar en contradicción y, de hecho, se contradijeron desde muy tempranamente.

La mayor diferencia entre todas esas corrientes fue la habida entre las dos grandes líneas de pensamiento anarquista: entre el anarquismo individualista, más elitista e intelectual, que despreciaba las masas para ensalzar a las individuales rebeldes¹² y que, incluso algunos sectores, ensalzaban el egoísmo o el hedonismo, y el anarcosindicalismo, movimiento organizado masivo, basado en la confederación y el sindicato de oficios, orientado al mundo obrero. Fue esta variante sindicalista la preponderante al menos desde las primeras décadas del siglo XX, merced a la CNT, y la que confirió al movimiento libertario español su gran importancia político-social.

Cooperativismo, comunismo libertario y colectivismo hacen referencia a la organización económica que se habría de implementar tras la consecución de la revolución anarquista. Estas propuestas enfrentadas dieron lugar a «una de las polémicas ideológicas de mayor encarnizamiento en la historia del anarquismo español»¹³. La praxis económica aceptada, el punto de partida inicial, entre la mayoría anarquista era la expropiación de los bienes de producción y la colectivización de la propiedad, todo en pos de la igualdad económica, principio político fundamental para el desarrollo de

⁹ Cit. por Paniagua, 1985, p. 5

¹⁰ Cit. por Paniagua, 1985, p. 5-6

¹¹ Vicente Villanueva, 2013, p. 17

¹² Casanova, 2012, p. 9

¹³ Álvarez Junco, 1991, p. 358

relaciones económicamente «libres, justas y no conflictivas»¹⁴. El conflicto aparecía ante la cuestión de cómo repartir los bienes producidos por los trabajadores ya emancipados o si habrían de existir salarios.

El cooperativismo —cuyo mejor paladín en España fue Fernando Garrido¹⁵— surgió a raíz de las ideas de Proudhon: los medios de producción serían de propiedad colectiva y gestionados por cooperativas obreras que decidirían democráticamente al respecto de la producción; el salario equivaldría a lo realizado por cada uno, concretamente «una participación proporcional a su contribución a la producción por medio de vales de trabajo»¹⁶; un «Banco del Pueblo» financiado por los propios productores ofrecería crédito a interés mínimo para iniciar los distintos proyectos productivos. Unas y otras cooperativas se relacionarían e intercambiarían productos en base a pactos libres, llegando a formarse grandes confederaciones. En España se pasó prontamente de la ambigüedad al rechazo a la forma cooperativista por verla insuficiente al no suprimir el régimen del salariado y no eliminar la competencia entre productores, sino que tendía a reproducir el mismo orden de patronos-explotados; es decir, que no era una propuesta puramente revolucionaria. El exhorto «váyanse a cooperar los que aspiren a ser ricos»¹⁷ que rezaba un texto crítico de 1870 verbaliza perfectamente la concepción que del cooperativismo tenían sus contrarios, los cuales debieron ser mayoría entre los internacionalistas españoles. No se debe dejar de mencionar que, a pesar del rechazo, sí se erigieron cooperativas obreras en nuestro país y que fuera de él, concretamente en Inglaterra, el movimiento de las cooperativas de consumo tuvo cierta importancia.

La propuesta colectivista, de inspiración bakunista, se impuso prontamente en España como ideal económico indiscutible y principio oficial de la FTRE al menos desde 1881¹⁸. Tras la expropiación, la producción habría de organizarse en federaciones de colectividades autónomas que serían poseedoras en común de los bienes de producción, y a cada trabajador le pertenecería por completo el producto íntegro de su actividad. Planteaba sin ambages un texto de la revista *La Revolución Social* en 1871 que lo justo era que cada individuo recibiera el producto íntegro de su trabajo, pues «el colectivismo es el último resultado de la ciencia social, la justicia practicada en su más pura fórmula»¹⁹.

¹⁴ *ibid.*, p. 346

¹⁵ *ibid.*, p. 351

¹⁶ *ibid.*, pp. 350-351

¹⁷ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 353

¹⁸ Álvarez Junco, 1991, p. 356

¹⁹ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 354

Podría sintetizarse la propuesta colectivista en la idea de que a cada cual según lo que ha trabajado. Concretaba Josep Llunas, mayor exponente del colectivismo en España, que cada trabajador recibiría el valor íntegro de su trabajo en forma de monedas, bonos o crédito que podría usar para comprar otros productos a precio de coste real al ser eliminados los intermediarios²⁰. Pero, como bien aduce Álvarez Junco, Llunas se contradecía al plantear la necesidad de que una parte de lo que el trabajador recibía fuese destinada a las arcas públicas para costear los servicios públicos y asuntos comunes de diversa índole, de modo que, efectivamente, ya no podría afirmarse de ningún modo que el trabajador recibiera íntegramente el valor de lo que hubiese trabajado.

El comunismo libertario, planteamiento inspirado en las tesis de Kropotkin y Malatesta, proponía que, además de colectivizar los medios de producción, también fueran socializados los bienes obtenidos del trabajo colectivo, de modo que —por sintetizar la idea— cada trabajador aportaría según su capacidad y posibilidades y recibiría según sus necesidades. Y aunque las posturas colectivistas perduraron y los primeros planteamientos comunistas fueron rechazados por la FTRE en 1882 durante el Congreso de Sevilla, a la altura de 1890 la idea del comunismo libertario ya había triunfado sin que se precisara ninguna declaración oficial de adhesión al principio comunista²¹. Es significativo al respecto que el propio Malatesta hiciese una gira por España durante 1891.

Se ha añadido en esta parte la corriente del «anarcoprimitivismo» no porque fuera la más seguida o importante, sino porque ejemplifica la enorme diversidad y la incoherencia que podía conllevar. Incoherente cuando menos, la propia existencia de esta corriente dentro del movimiento libertario se podría tachar quizá de contradictoria respecto a la postura común. Porque si en general la fe en el progreso y la ciencia —por ende en la industria— como factor emancipador e igualitario estaba tan interiorizada cuasi cual dogma, ¿cómo se entiende la existencia de una variante libertaria que propugna la vuelta a lo primitivo? O planteado de otro modo: ¿qué concordancias podría haber entre la postura generalizada que teoriza hasta la extenuación sobre las bondades económicas de la producción organizada y la que propone la vuelta a la agricultura más básica? En efecto, el anarcoprimitivismo, heredero de la corriente naturista-ecologista de finales del XIX que proponía la armonía de individuo y naturaleza como forma de vida e inspirado

²⁰ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 357

²¹ Vicente Villanueva, 2013, p. 46

de algún modo en el anti industrialismo de Charles Fourier o en las ideas luditas, rechazaba la ciencia porque no atendía sino solo a lo cuantitativo dejando de observar lo cualitativo —en definitiva lo humano—, de modo que la ciencia era considerada «no neutral»; la tecnología moderna, fruto del avance científico, era alienante y dominadora, pues tendía a la destrucción del mundo natural y a subordinar a las personas a un mundo de máquinas. El rechazo directo del capitalismo y su carácter rupturista radical respecto a la sociedad contemporánea podría explicar la propia existencia de esta vertiente anarquista o, más bien, que la especificidad de cada vertiente radical podía ser asimilada sin mayores problemas en un grueso heterogéneo llamado «anarquismo» que tenía como finalidad definitiva la erección de una nueva sociedad sin ninguna autoridad, verdadera corruptora de la libertad individual o colectiva y óbice insalvable para el progreso humano.

2.2. El germen del movimiento libertario

No sería descabellado pensar que las tesis del anarquismo son tan antiguas como antigua es la civilización, en tanto que siempre las personas se han replanteado o han cuestionado el papel del líder (divino o terrenal) o del grupo dominante de turno. Pero a pesar de ese cuestionamiento innato, no es acertado homologar las algaradas medievales o los motines de subsistencia, por ejemplo, al anarquismo, puesto que este es un movimiento esencialmente contemporáneo y, concretamente, contrario al Estado contemporáneo capitalista. Es decir, que «de anarquismo propiamente no puede empezar a hablarse hasta Stirner y Proudhon»²².

Pero Proudhon, Kropotkin o Malatesta, como todos los ideólogos, no inventaron sus teorías de la nada, no tuvieron elucubraciones fulgurantes que devinieron *ipso facto* en doctrina; caminaron sobre hombros de gigantes al beber directamente de las aguas de la Ilustración. Los antecedentes intelectuales del movimiento libertario se hallan, como no podía ser de otro modo, en los ilustrados que tuvieron posiciones más enconadas y, más directamente, en los *enragés* de la Revolución Francesa. «Una cosa es cierta, y es que cualquier nación que tome en nuestros días la senda de la Revolución será la heredera de cuanto nuestros antepasados llevaron a cabo en suelo francés»²³ reivindicaba sin

²² Álvarez Junco, 1991, p. 584

²³ Cit. por Marín, 2014, p. 38

ambages Kropotkin. Fueron, en definitiva, influidos por las teorías de quienes impulsaron ya desde el siglo XVIII el pensamiento antiautoritario.

W. Godwin (1756-1836) proponía en 1793 en su *Investigación acerca de la Justicia y su influencia en la virtud y la dicha generales*, la abolición de la propiedad privada por hacerla causa de la dominación de la minoría privilegiada; exponía que el Estado, democrático o despótico, era el mal que impedía la justicia absoluta al subordinarse la razón del común a los intereses del gobernante.

Babeuf (1760-1797) —reivindicado por un buen número de autores anarquistas— mediante su «Conspiración de los Iguales» pretendía ir más allá de la célebre «libertad y fraternidad» de la Francia revolucionaria para conseguir una igualdad real factible. «No queremos la igualdad escrita en una tabla de madera, la queremos en nuestras casas, bajo nuestros techos»²⁴ expresaba Babeuf. Este proponía una sociedad agraria, sin dinero, basada económicamente en la colectivización, el trueque y el intercambio. «Acabemos con la propiedad individual: la tierra no es de nadie; sus frutos son de todos»²⁵ escribía en el *Manifiesto de los Iguales* de 1796. Su predilección por el golpe de Estado, por la conspiración insurreccional, inspiró la táctica de la «acción directa» de futuros anarquistas.

Los denominados despectivamente «socialistas utópicos» (Fourier, Saint-Simon, Cabet, Owen) teorizaron sobre los modos de organización socioeconómicos más satisfactorios y propusieron formas comunales de vida que proporcionarían armonía social y, por consiguiente, la máxima felicidad para la sociedad. Sobresale entre ellos Charles Fourier (1772-1837). Expuso que la propiedad individual, defendida por el Estado en pos de los intereses capitalistas, provocaba la causa de los desórdenes sociales: la pobreza. La economía industrial capitalista basada en intermediarios improductivos imponía condiciones contrarias a los productores. Propuso, para alcanzar la armonía social, una alternativa a las fábricas y al capitalismo: los falansterios, «grandes palacios sociales» erigidos entre la naturaleza en donde sus integrantes conviven cooperando en la producción de bienes, productos agrícolas principalmente; la educación igualitaria de los jóvenes era prioritaria, la libre expresión y el amor libre fundamentales para las relaciones sociales. Las teorías de Fourier tuvieron cierta acogida en España y hubo proyectos de falansterios en Cádiz²⁶.

²⁴ Cit. por Marín, 2014, p. 34

²⁵ Cit. por Marín, 2014, p. 36

²⁶ Paniagua, 2012, p. 30

Por contraposición a las teorías anti industrialistas de Fourier se ha de aludir al Conde de Saint-Simon (1760-1825). «La prosperidad de Francia no puede ser determinada más que por el efecto y como consecuencia del progreso de las ciencias, de las bellas artes y de las profesiones y oficios»²⁷ expresaba Saint-Simon; plantea que el desarrollo técnico, pues, es el camino al bienestar social, esto es, la industrialización como redistribuidora de la riqueza. Caló profundamente su crítica a la ociosidad y especulación de aristócratas, rentistas y comerciantes.

Etienne Cabet (1788-1856), teórico y político francés, publicó en 1842 *Viaje a Icaria*, obra en que desarrollaba su idea de comunidades igualitarias. Llevó con él sus ideas a Norte América, en donde intentó que el movimiento «icariano» prosperara erigiendo varias comunidades, que no funcionaron tras muchos problemas y finalmente se disolvieron. En Cataluña, las teorías de Cabet tuvieron cierta aceptación y se formó un pequeño movimiento «icariano» en torno a la publicación periódica *La Fraternidad* de Narciso Monturiol.

Robert Owen fue uno de los más influyentes «socialistas utópicos». Sus ideas de trabajo comunitario pudieron ponerse en práctica en New Lanark, Escocia, donde erigió el propio Owen una fábrica-colonia en la que sus integrantes producían en régimen cooperativista sin jerarquías laborales ni salarios. Emigró a Estados Unidos y sus ideas fueron difundidas; allí fundó en 1825 New Harmony, y a pesar de no funcionar, aparecieron nuevas colonias inspiradas en sus ideas a lo largo de EE. UU. y Gran Bretaña.

Dejando atrás a todos aquellos pensadores que precedieron al movimiento libertario, se debe pasar a los ideólogos que iniciaron el anarquismo propiamente.

2.3. Los primeros anarquistas: Proudhon y Bakunin

La mayoría de los historiadores —al menos los consultados en la bibliografía— confieren al francés Pierre-Joseph Proudhon (1809-1864) la categoría de primer teórico anarquista. Proudhon, de origen obrero, comenzó a trabajar desde niño y aprendió pronto el oficio de tipógrafo, que compaginaba con su formación autodidacta. Alcanzó renombre con la publicación de su *¿Qué es la propiedad?* en 1840, obra que fue un escándalo en su tiempo. Se puede uno hacer idea de cuán provocativa fue advirtiendo la respuesta a la pregunta que da título a la obra: «la propiedad es un robo». Tomó de las lecturas de Fourier buena parte de su base ideológica. Pero Proudhon, a diferencia de los pensadores

²⁷ Cit. por Marín, 2014, p. 63

más progresistas, relegaba a la mujer a la posición de marginalidad, fue partidario de la pena de muerte, arremetió contra los judíos y los nacionalismos²⁸... Puede que por exabruptos de ese tipo Bakunin le considerara «una perpetua contradicción²⁹». Aborrecía a los rentistas por ser parásitos sociales y a los patronos por acaparar los medios de producción. Para eliminar la explotación habían de ser suprimidos los Bancos y sus créditos y el capital, y volver al trueque y el intercambio. «Quienquiera que para organizar el trabajo acuda a los conceptos de poder y de capital, miente, porque no hay más organización del trabajo que la supresión de este capital y este poder»³⁰ expresa al respecto Proudhon. Este propugna la cooperación comunal entre iguales como teoría productiva (el cooperativismo ha sido descrito antes en este TFG); la supresión del Estado era inevitable al trabajar todos en régimen de cooperación mutua y establecer relaciones libres entre las distintas comunas. Fundamentaba la riqueza en el trabajo, que era el motor del cambio social: la idea del trabajo como motor de la humanidad.

Su vida política y sus publicaciones le valieron el exilio y la cárcel, y sea como fuere, fue un propagandista célebre, conocido a ambos lados del Océano Atlántico por sus publicaciones, las cuales despertaron la inquina de Karl Marx hacia él, por ejemplo, además de reportarle más de un quebradero legal contra su persona.

Fue Mijaíl Bakunin el anarquista por antonomasia, el rebelde por antonomasia. Su vida no fue sino un periplo de conspiraciones, secretismo y aventuras, pasando por la cárcel y el exilio también. Nació en familia aristócrata e hizo carrera militar en la Rusia imperial. Abandonó el ejército y se dedicó al estudio primero y a la revolución después. En Berlín se embebió de las teorías hegelianas y de allí se lanzó por diversas ciudades europeas a fundar sociedades secretas para conspirar y expandir el ideal revolucionario, viviendo en sus propias carnes la revolución de 1848 en París. Se relacionó con los más ilustres pensadores de la izquierda, pero quedó pronto fascinado con las enseñanzas de Proudhon, de quien asumiría de algún modo esa pronta idea de la destrucción del Estado.

Fundó, tras su periplo por Siberia (deportado), América e Italia, la Alianza de la Democracia Social, organización revolucionaria que tenía por principios la abolición del Estado y la asociación libre en comunas de todos los individuos. Participó en la I Internacional y fue figura principal, acaso líder, en el seno del anarquismo internacionalista, pero su enfrentamiento intelectual —también personal— con Marx le

²⁸ Paniagua, 1985, p. 10

²⁹ Cit. por Paniagua, 2012, p. 34

³⁰ Cit. por Marín, 2014, p. 83

valió la expulsión y la de sus acólitos. Bakunin y los suyos se declararon continuadores de la AIT y siguieron con la actividad de los congresos, pero fijando sus principios: la destrucción del poder político era la obligación del proletariado, que debe ser solidario a la revolución³¹. Antes de fallecer en 1876 parece que se desengañó de la utopía anarquista al escribir a su correligionario Guillaume: «debemos ver la realidad tal cual es y darnos cuenta de que por el momento las masas populares no desean el socialismo»³²; no estaba en lo cierto. Su legado se mantuvo vivo e inspiró a numerosos revolucionarios, y sus principales obras, *Estado y Anarquía* y *Dios y el Estado* (1871), influyeron decisivamente al movimiento anarquista.

³¹ Paniagua, 1985, p. 17

³² Ibid., p. 17

3. LA ESPAÑA FINISECULAR

Ningún acontecimiento histórico puede entenderse fuera del contexto en que se produjo; cada hecho histórico concreto solo ocurre en un tiempo determinado. Así que, en esta parte se ofrece un sucinto esbozo de la España durante la que se desarrolló el movimiento libertario, esto es, desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX (hasta 1910 es una buena fecha límite, ya que este TFG trata de los orígenes del movimiento, y por ser el año de la fundación de la mayor organización libertaria, CNT, culmen del anarquismo español).

Coincide el surgimiento y auge del anarquismo en España con el periodo político que ha venido llamándose la Restauración. El periodo democratizante denominado «Sexenio Democrático», que se inició tras la revolución de «La Gloriosa» y que permitió la instauración de una República por primera vez en la historia en España, finalizó — como no podía ser de otro modo en esta época — con el golpe de Estado del general Pavía en 1874 que disolvió las Cortes republicanas y dio paso a un gobierno militar presidido por el general Serrano. A pesar de que la experiencia del Sexenio fue un paso hacia la democratización y, por tanto, de algún modo, positivo, los anarquistas españoles recelaron de ella por ver que los cambios eran insuficientes, en tanto que seguía siendo un régimen burgués; los recelos se materializaron cuando en 1871 las Cortes declaraban a la Internacional anticonstitucional y, desde 1874, prohibieron sus actividades y fue el movimiento objeto de una fuerte persecución. El remate del proceso reaccionario llegó a finales de ese mismo año con el pronunciamiento militar del general Martínez Campos —de nuevo un militar— en favor de Alfonso XII, hijo de la otrora reina Isabel II. Giro político fruto de las conspiraciones de diversas tendencias —sobre todo monárquicas— para derrocar la República que estaban en marcha desde incluso antes de proclamarse la República. Esta nació sin amplios consensos, sino que parece que nació como única alternativa a la breve opción amadeísta, acaso abocada al fracaso antes de concebirse.

Fue la Restauración el sistema político conservador ideado por Cánovas del Castillo, basado en el turno: alternancia pacífica del poder entre los dos grandes partidos dinásticos que compartían la visión de un Estado liberal, unitario y centralista y la defensa del capitalismo, y que «no llegó a convertirse nunca en totalmente democrático, algo harto habitual en la Europa Occidental en la segunda mitad del Ochocientos»³³.

³³ Canal (dir.), 2017, p. 596

Ambas fuerzas políticas, el Partido Liberal y el Conservador, crearon y asentaron las reglas del juego para sí, recurriendo a la exclusión —también represión— de las fuerzas políticas que no comulgaban plenamente con los planteamientos dinásticos, a la sistemática manipulación electoral o «pucherazo», al sistema del «encasillado», todo ello gracias a complejos entramados clientelares que se ejemplifican perfectamente con el tan recurrente caciquismo. Ciertamente, a pesar del claro carácter conservador —acaso reaccionario— del régimen, se dieron pasos hacia una clara modernización de la esfera social y de las relaciones políticas con la Ley de Asociaciones, la abolición legal de la esclavitud o el sufragio universal (masculino).

Puso fin la Restauración a la endémica inestabilidad política decimonónica generada por la injerencia militar de los *espadones* en forma de pronunciamientos y a las sucesivas guerras civiles en forma de guerras carlistas, pues, a la larga tras ser vencidos militarmente, el núcleo posibilista de los carlistas fue incluido en el régimen político, disputando su posición dentro de la esfera ultraconservadora-católica. La necesitada subordinación del estamento militar al poder civil se consiguió fraguar, en tanto que algunas personalidades militares tuvieron cargos gubernamentales o parlamentarios y se le dio cierta autonomía al ejército en sus competencias³⁴. Aquella subordinación no significó que los militares desaparecieran del mapa, sino todo lo contrario, unos y otros Gobiernos utilizaron permanentemente el recurso de sacar a las calles al ejército para que atajara los diversos conflictos sociales, laborales o regionales. De un modo u otro, asumió las labores policiales que habrían de haber sido llevadas a cabo por un cuerpo civil de policía al uso.

La Iglesia se *reconcilió* con el Gobierno al declararse en la Constitución de 1876 la confesionalidad católica del Estado y todo lo que ello conllevaba: pago del culto y clero, prohibición de cualquier otro culto, facilidades en el tema de la enseñanza, etc. A pesar de las amplias prerrogativas, hubo conflictos entre Iglesia y Estado durante el periodo que nos concierne. Todo lo cual no impidió que la Iglesia siguiera teniendo enorme influencia en el Gobierno, por relación directa con las altas esferas políticas o, entre otras, por la presión que ejercían unas y otras asociaciones católicas.

En lo a que economía concierne, los datos revelan lo que no es difícil de suponer: una amplia preponderancia del sector primario con dos tercios de toda la población activa dedicada a él en 1877 —a partir de 1910 se inicia una clara tendencia a la baja de

³⁴ Canal (dir.), 2017, p. 605

población activa del sector primario—; en 1900 aproximadamente un 13 por ciento de la población activa se empleaba en la industria. Es este periodo el de la crisis agrícola y ganadera debido a la llegada de productos ultramarinos a precios más bajos desde las Américas que hicieron desplomarse, entre otros, los precios de los cereales, lo que hizo que el proteccionismo económico hiciera presencia en forma de aranceles; es también el de la filoxera que arruinó casi toda la producción vitícola nacional a finales de siglo. Tomando la referencia del PIB, Lourenzo Fdez. Prieto advierte que de 1880 hasta 1896 se aprecia un periodo de depresión y, a pesar de la crisis antes citada, un crecimiento económico estable en la siguiente etapa 1897-1913³⁵. A pesar de la conmoción que supuso el «Desastre» del 98 y de la pésima coyuntura que autopercebieron quienes lo vivieron en su día, según Pan-Montojo, en lo que a números se refiere, no hubo desastre económico tras la pérdida colonial³⁶. En síntesis, es el periodo de 1875 a 1931 la etapa de transformación «hacia una economía moderna del agro a la urbe»³⁷, del taller artesano a la fábrica.

Modernización económica que no trajo consigo una mayor igualdad económica, sino que la mayoría de la propiedad de la tierra seguía acaparada en un número relativamente pequeño de grandes propietarios latifundistas, generalmente nobles, y las condiciones laborales no se mejoraron —o fueron directamente penosas— para la mayoría de los obreros que se ocupaban en una incipiente industria. Se ha de remarcar que la mayor desigualdad existente era la habida entre mujeres y hombres. La situación de las mujeres españolas de fin de siglo se resume en la siguiente afirmación de A. San Martín ante la Comisión de Reformas Sociales: «Hay seres más desgraciados que el obrero: la mujer y la hija de este».³⁸; la mujer estaba supeditada moral y legalmente al varón en todos los aspectos de la vida, puesto que la idea de su naturalmente «inferioridad» estaba completamente aceptada, incluso entre ciertos ámbitos ilustrados y/o académicos. Los desprecios, mofas y demás desplantes que sufrió la eminente escritora Emilia Pardo Bazán son buena muestra de la posición marginal a que estaban relegadas todas las mujeres españolas, fueran condesas ilustradas o no.

Contaba España a la altura de 1877 unos 16,5 millones de almas, 18,3 millones en 1897 y poco más de 20 millones a la altura de 1914. Hubo, pues, un crecimiento

³⁵ Fernández Prieto en Canal (dir.), 2017, p. 692

³⁶ Ibid., p. 695

³⁷ Ibid., p. 689

³⁸ Ibid., p. 756

demográfico notable, aun con la fuerte emigración española hacia América del sur desde fines del Ochocientos, debido al importante descenso de la tasa de mortalidad y a la esperanza de vida al nacer, que aumentó de 29 años en 1880, 35 en 1900 y a 42 años en 1914. Y de esos casi 17 millones de españoles en 1877, cerca del 71 por ciento era analfabeto; el analfabetismo era la norma en esa época, situación que no mejoró con notoriedad hasta al menos el primer tercio del siglo XX con las campañas educativas que emprendieron los Gobiernos de la II República. Contrasta el hecho de que existiendo semejantes niveles de analfabetismo surgiera la noción de «Edad de Plata» de las letras para referirse a la generación de literatos y periodistas de fines del Ochocientos y principios del siglo XX.

La caracterización de la Restauración como el proceso «entre lo nuevo y lo viejo, entre la modernidad y la tradición»³⁹ de Jordi Canal glosa a la perfección la esencia del periodo.

³⁹ Canal (dir.), 2017, p. 594

4. ORÍGENES DEL ANARQUISMO EN ESPAÑA

No se puede remontar más atrás de 1868 para vislumbrar la aparición del anarquismo propiamente en España, aunque, según Marín, los anarquistas españoles «hacía ya tiempo que buscaban una alternativa a la dominación y la explotación autoritaria»⁴⁰. En 1868, precisamente tras el derrocamiento de la monarquía de Isabel II que abrió un periodo temporal de libertades como nunca las había habido en España, llegó a varias ciudades de España Giuseppe Fanelli, representante de la Asociación Internacional del Trabajo. Y con él las tesis bakunistas, pues era afín a Bakunin y a su Alianza Internacional de la Democracia Socialista, organización revolucionaria que proponía recurrir a la violencia política contra los sistemas represores, abolir los partidos políticos, las federaciones de productores libres y extender la colectivización económica⁴¹ (descrita anteriormente en este TFG). Ciertamente, los principios de la Alianza de Bakunin no habían sido del agrado del Consejo de la AIT en Londres y fueron rechazados de pleno. Se observa, pues, que el primer contacto de los españoles con la AIT fuera con un bakunista, lo que no quiere decir que fuera la causa *sine qua non* de la futura tendencia anarquista de los internacionalistas españoles. Más parece que si fueron acogidos sin recelos se deba, en parte, a que las enseñanzas de Proudhon ya habían sido introducidas y arraigado con fuerza en España entre el sector obrero gracias, entre otras cosas, a las traducciones del que fuera presidente de la I República española, Francisco Pi i Margall⁴². Sea como fuere, coinciden los autores en que, en definitiva, el viaje propagandístico de Fanelli por España no es la causa del éxito y posterior arraigo del anarquismo en España⁴³.

Debido a que se mezclaron las tesis de la Alianza bakunista y las de la Internacional, los españoles recogieron una «amalgama ideológica» de dos concepciones antagónicas que marcó —según Lida— un rumbo particular al anarquismo español⁴⁴. A pesar de ello (o gracias a ello), la empresa de Fanelli se iniciaba a buen ritmo: formó durante 1869 un núcleo provisional de la AIT en Madrid, compuesto por Anselmo Lorenzo, T. González Morago y los hermanos Mora, y otro en Barcelona, en donde ya existía la publicación *El Federal*, altavoz de las ideas internacionalistas.

⁴⁰ Marín, 2014, p. 188

⁴¹ Clara E. Lida en Casanova (coord.), 2010, p. 33

⁴² Antonio Elorza en Hofmann et alii. (eds.), 1995, p. 82-83

⁴³ Termes, 2011, p. 54

⁴⁴ Clara E. Lida en Casanova (coord.), p. 35

Al tiempo, conformado en un importante grupo, se reunieron en el Congreso Obrero de Barcelona en junio de 1870, unos 90 delegados de las asociaciones obreras de distintas provincias, para conformar oficialmente la Federación Regional Española y su adhesión a la AIT. En este Congreso no hubo unidad, sino que los asistentes profesaban ideas de las 3 grandes corrientes: bakunistas, sindicalistas y cooperativistas. Debatieron y confrontaron vehementemente sus ideas. Acordaron renunciar a las acciones corporativistas que implican las políticas nacionales, por lo que se descartaba de facto el republicanismo federal; desecharon la propuesta de la cooperativización masiva; crear asociaciones obreras y promover entre ellas el método de la huelga general; implementar la organización de sindicatos de oficio y federaciones. No fue, pues una victoria clara de la corriente bakunista, sino que fue una coalición de anarquistas y sindicalistas apolíticos⁴⁵, pues tampoco las votaciones arrojaron consensos totales.

En los años siguientes a su creación, ya en 1871, se produjo la persecución por Ley de los internacionalistas, por miedo al fuerte efecto de llamada a la revolución de la Comuna de París. Los internacionalistas españoles que pudieron marcharon al exilio y, paradójicamente, muchos franceses participantes de la Comuna cruzaron la frontera para refugiarse en España. La represión de la Comuna fue esgrimida —como ya se explicó— por los anarquistas para poner de relieve que las formas de gobierno republicanas eran tan represoras como lo habían sido en su día los tiranos del Antiguo Régimen. Y tan pronto como en 1812, las Cortes declararon a la AIT de España fuera de la legalidad.

En ese mismo 1872, en septiembre, se dio la escisión definitiva durante el Congreso de La Haya de la Internacional entre marxistas y anarquistas con la expulsión de estos últimos de la AIT. En España la balanza se inclinó con claridad hacia el anarquismo en forma de bakunismo, y los internacionalistas españoles fieles a las tesis marxistas acabaron por ser marginados en la FRE, pues solo en el núcleo madrileño triunfó. La expulsión llegó poco después del Congreso de Zaragoza de abril de 1872, formando los marxistas una Nueva Federación Madrileña que no reconocía la FRE. No obstante, en el Congreso de Córdoba de diciembre de 1872 reafirmaron los internacionalistas españoles sus posiciones antipoliticistas. Antes de la I República, la FRE llegó a su máximo tamaño con unos 30.000 afiliados⁴⁶.

⁴⁵ Termes, 2011, p. 56-58

⁴⁶ Ibid., p. 65

La llegada de la I República fue vista negativamente por los anarquistas españoles, que creyeron que solo se trataba de un cambio de forma de gobierno, no su base; ni República Federal ni Unitaria podía satisfacer los cambios que se exigían, aunque, ciertamente, los internacionalistas catalanes apoyaron la idea de una República Federal o, incluso —según Termes— de un Estado catalán como trampolín para el federalismo en toda España⁴⁷. Los internacionalistas de Alcoy, donde se había establecido la Dirección de la FRE, llevaron a cabo una insurrección, coincidiendo con el inicio del levantamiento cantonal por otras partes del país. Fue un fracaso para los anarquistas, pues las demás federaciones no apoyaron el levantamiento, y solo consiguieron dominar Alcoy hasta que el ejército sofocó la insurrección. No supieron los anarquistas valerse del levantamiento cantonal para extender la revolución.

A partir de 1874, con el golpe de Estado de Pavía contra el Gobierno de la República, el movimiento obrero fue perseguido duramente y la FRE fue disuelta por decreto-ley, pasando por operar necesariamente en la clandestinidad. La consecuencia principal fue que su afiliación se viera casi completamente mermada, y que, entre otras limitaciones, los grandes congresos fueran sustituidos por conferencias comarcales de pequeño tamaño. La nueva situación les hizo que su estructura cambiara a grupos pequeños y secretos («grupos de acción»), que llevarían a cabo la vía insurreccional o «la propaganda por el hecho, recogido en los nuevos estatutos. El periodo de clandestinidad, fruto de la marginación, ilegalidad y cárcel a que fueron sometidos, duró hasta al menos 1881; no hizo sino acentuarse durante esta etapa el discurso revolucionario, favoreciendo la justificación de represalias directas contra quienes les estaban sometiendo. Represalias que ya se habían aprobado durante el anarquista Congreso de Veviers de 1877, y que propiciaron la «propaganda por el hecho» de los magnicidios en Italia, Rusia o Alemania. Una nueva era insurreccional se estaba abriendo paso por Europa.

Los anarquistas españoles se adscribieron a las tesis de la acción directa y la «propaganda por el hecho». Pronto se puso en España en práctica esa táctica y se produjeron los primeros magnicidios (o intentos) en octubre de 1878 contra Alfonso XII en Madrid y al año siguiente, en diciembre de 1879, otro intento contra él. También de acción directa, como los levantamientos, incendios y destrucción de cosechas en el campo andaluz meridional, que fueron atribuidos a la inexistente Mano Negra en la década de 1880.

⁴⁷ Termes, 2011, p. 66

Como se decía antes, el periodo de ilegalización mermó muchísimo los efectivos de la Internacional: quedaban solo en septiembre de 1881 —según Serrano y Oteiza⁴⁸— unos 3.000 anarquistas. A pesar de ello la actividad anarquista no cesó: viajes, cartas. Reuniones secretas, etc.; la actividad propagandística en la sombra, en forma de publicaciones clandestinas que llamaban a la insurrección, fue enorme; y los internacionalistas españoles no dejaron de acudir a los distintos congresos internacionales que se celebraron por Europa⁴⁹.

Gracias a una mayor apertura del Gobierno, que reconoció el derecho de asociación, en septiembre de 1881 se abría una nueva etapa de reconstrucción del movimiento con la fundación de la nueva Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) en el Teatro Circo de Barcelona. Josep Llunas, Serrano Oteiza, Farga Pellicer, Fco. Tomás o Pellicer Paraire serán las caras de esta nueva fundación. El matiz de J. Termes de que la FTRE fue «continuadora, pero no la continuación»⁵⁰ de la AIT advierte la nueva naturaleza de la FTRE: recogían el legado, pero se declaraban «franca y decididamente anarquistas —concretamente— «una organización del proletariado anárquico-colectivista español [...] y partidaria de la “política demoledora”»⁵¹; es decir, se declaran sin ambages seguidores de la línea bakunista. Aunque en sus inicios también hubo partidarios del anarcocomunismo. De hecho, a lo largo de la década, no dejó de haber un fuerte enfrentamiento entre los partidarios de ambas corrientes que quedó por escrito profusamente en las publicaciones de la época, generando un «gran florecimiento doctrinario»⁵² para que, finalmente, se impusiera el comunismo libertario años después.

En el Congreso de Valencia de 1883 se repudiaron los acontecimientos concernientes a la Mano Negra —campana que desprestigió sobremanera a la FTRE—, y supuso el inicio de la decadencia de la FTRE⁵³ por, entre otras cosas, los enconados enfrentamientos entre legalistas e ilegalistas que propiciaron la división interna. Coincide este periodo de decadencia con el auge de la tendencia del anarcocomunismo y también el de los llamados «grupos de afinidad» que llevaban a cabo la vía violenta de la «propaganda por el hecho», así como con los fuertes enfrentamientos con el ejército a

⁴⁸ Termes, 2010, p. 71-72

⁴⁹ Clara E. Lida en Casanova (coord.), p. 45-46

⁵⁰ Termes, 2010, p. 78

⁵¹ Cit, por Termes, p. 78

⁵² Ibid., p. 106

⁵³ Paniagua, 1985, p. 30

raíz de las conmemoraciones del Primero de Mayo y la reivindicación de la jornada de 8 horas y sus consiguientes huelgas.

Las pugnas internas, y no la enorme represión a que fueron sometidos, rompieron la unidad (si llegó a haberla) y quedó completamente dividida la FTRE, eran muchos los temas enfrentados: diferencias y desencuentros entre las regiones agrarias y las industriales, entre anarcocolectivistas y comunistas, entre los partidarios de la acción directa y los del asociacionismo reformista⁵⁴... Se disolvió la FTRE a fines de 1889 y las facciones formaron la Federación de Resistencia al Capital, sindicalista y fundada en mayo de 1888, y la Organización Anarquista de la Región Española, partidaria del proceso revolucionario rápido y predecesora de la futura FAI⁵⁵.

Los años siguientes a la disolución de la FTRE son los del aislamiento del anarquismo español, de la «propaganda por el hecho» materializada en el terrorismo individualista, de los «Sucesos de Cádiz» ... Se impuso el individualismo sobre las formas de asociacionismo anarquista o, al menos, pareció que las organizaciones antes grandes habían claudicado, ensombrecidas por el protagonismo de los pequeños «grupos de afinidad» que, con sus atentados, coparon la prensa y la atención internacional; la acción directa llegó a fines del Ochocientos a su máxima expresión en Barcelona, o la «ciudad de las bombas». Pero lo cierto es que la actividad cultural libertaria no cesó, sino que abundaron las publicaciones anarquistas —incluso aparecieron nuevas publicaciones— las conferencias y charlas en los ateneos; no cesaron en su empeño por expandir su «ideal».

Con el nuevo siglo, el devenir para el movimiento cambió radicalmente con el viraje que supuso la asunción del sindicalismo revolucionario, de origen francés⁵⁶, como vía para la consecución de sus objetivos, abriéndose así a la masa trabajadora y a las asociaciones obreras no estrictamente anarquistas; era la nueva estrategia para salir de la cerrazón doctrinaria. Suscitó reacciones encontradas y recelos la adopción del anarcosindicalismo por temor a que el movimiento libertario aceptara el juego político y acabara siendo una mera plataforma obrera desde la que presionar a los Gobiernos en busca de reformas (y lo cierto es que había una clara contradicción entre el sindicalismo revolucionario y el antirreformismo). Pero los insignes del anarquismo español

⁵⁴ Clara E. Lida, Casanova (coord.), 2010, p. 59

⁵⁵ Álvarez Junco, 1991, p. 551

⁵⁶ Paniagua, 1985, p. 30 y Álvarez Junco, 1991, p. 547

—Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, José Prat, Ferrer—aceptaron de buena gana el cambio⁵⁷.

Así pues, se inició en Barcelona el «renacer» anarquista. Las sociedades obreras de Barcelona en 1907 se federaron, erigiendo Solidaridad Obrera, ampliaron su esfera a nivel regional en 1908, y tras la «Semana Trágica» creyeron tener la suficiente fuerza como para la expansión nacional. Y así fue: en el Congreso de Barcelona de 1910, los militantes de Solidaridad Obrera acordaron fundar la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), organización anarcosindicalista que marcaría el rumbo del anarquismo español hasta la actualidad.

⁵⁷ Álvarez Junco, 1991, p. 555

5. IDEAL ANARQUISTA: LAS PROPUESTAS LIBERTARIAS ESPAÑOLAS

El anarquismo, como doctrina sociopolítica, proponía la supresión del Estado y la libertad individual. Estas eran, a grandes rasgos, las dos premisas aceptadas, los dos pilares sobre los que comenzar a construir la nueva sociedad. Y aunque aquellas dos fueron transversales, no debe olvidarse el hecho clave de que el anarquismo no fue, como expresó Álvarez Junco, «una filosofía o un movimiento único y monolítico, sino que hubo muchos anarquismos»⁵⁸.

El Estado era —en palabras de A. Lorenzo— «la abstracción destructora de la vida» que oprimía las libertades de todos sus miembros y que nada tenía que ver con el «interés general» de aquellos oprimidos⁵⁹, pues todo Estado, como ente autoritario, mantiene el orden basado en el privilegio de unos pocos sobre la miseria de la mayoría, esto es, el sistema capitalista de la acaparación de la propiedad privada; oprime la libertad natural del ser humano. El Estado, en tanto que autoridad, era la antítesis de la libertad y representaba el Mal; «un instrumento de muerte —escribía José Prat—, cuando no de inmoralidad»⁶⁰. E inútil además en cuanto a los pésimos o nulos servicios que ofrecía. Se preguntaban en 1887 desde *El productor* que si «el estado no pone mano en nada que no lo adúltere y lo desnaturalice, si su intervención no logra más que matar toda la iniciativa individual, si los servicios que pretende prestarnos resultan todos malos y caros, ¿a qué ese empeño en conservar una entidad que solo perjuicio nos causa», enumerando las deficiencias: monopoliza la enseñanza, que es esclavizadora, absurda e impartida en edificios execrables; se encarga de la seguridad y hay infinidad de crímenes y delitos; de la sanidad y los lugares públicos son infrahumanos; administra justicia y esta es lenta, ineficaz y parcial⁶¹... Era, pues, inútil, ya no en sentido abstracto, sino en la esfera práctica, en lo tangible de la cotidianidad.

Había introducido la democracia para adormecer la rebeldía del pueblo contra las injusticias, haciéndole creer que la igualdad de derechos y de oportunidades sería efectiva, pero quienes detentaban «el monopolio de la ciencia y la riqueza nunca se dejarán gobernar por su criado, por su zapatero, por su sastre, por su arrendatario, por ninguna de los que proveen a su holganza»⁶². El invento burgués de la democracia era una farsa, una

⁵⁸ Casanova (coord.), 2012, p. 15

⁵⁹ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 222

⁶⁰ Cit. por Álvarez Junco, 1991, 229

⁶¹ Cit. por Álvarez Junco, 1991, 227-228

⁶² Manifiesto de la FTRE de 1886 Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 231

argucia para mantener la opresión y que los mismos detentaran siempre los privilegios; «soberanía popular» e «igualdad» eran mitos modernos dados al Pueblo para perpetuarlo en el mismo sistema. Lo ejemplifica Anselmo Lorenzo con la traición que experimentó el pueblo francés durante la Revolución Francesa: la superchería democrática comenzó tras la revolución, porque la burguesía no emprendió los cambios profundos que se exigían, sino que ocupó la posición de la aristocracia para cambiar solo las formas de esclavitud de los trabajadores⁶³.

El antipoliticismo de inspiración bakunista fue el principio político por antonomasia del anarquismo español, la seña de identidad más característica del movimiento libertario, adoptado desde primerísimo momento ya en el Congreso de la fundación de la FRE en 1870, que resolvió renunciar «a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales [...] la realización directa es el único camino que conviene seguir a las secciones españolas de la Internacional»⁶⁴. Algunos militantes del sector obrero partidarios de la moderación y del reformismo disintieron vehementemente del antipoliticismo por creer que era contracontraproducente para la causa obrera al servirle de pretexto a los reaccionarios para la represión⁶⁵. Ni qué decir que esos moderados se disgregaron de la Internacional y conformaron el núcleo marxista en España. Sea como fuere, los internacionalistas españoles rechazaron los postulados marxistas del Congreso de la Haya —en el que fueron expulsados Bakunin y sus acólitos— y se reafirmaron oficialmente en la posición bakunista del antipoliticismo que declaraba «que la destrucción del poder político es el primer deber del proletariado» rechazando «todo compromiso para llegar a la realización de la revolución social»⁶⁶.

El antipoliticismo es la «acción directa» o, lo que lo mismo, el rechazo total a participar en la política burguesa a través de alianzas con partidos políticos (o formando los propios) y a colaborar de ningún modo con el Estado; es la total oposición al sistema democrático «indirecto» liberal basado en la representación de los ciudadanos a través de diputados electos. Habían de suprimirse a los representantes, pues tanto que eran parte esencial del mecanismo a destruir: la «acción directa» suponía la actuación del pueblo por sí mismo sin delegados ni intermediarios en pos de eliminar al poder y suprimir el

⁶³ Anselmo Lorenzo en Álvarez Junco, 1991, p. 232

⁶⁴ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 404

⁶⁵ Polémica por la adopción del antipoliticismo en Álvarez Junco, 1991, p. 405-408

⁶⁶ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 407

régimen de salariado. «Votar es lo mismo que anularse. El que vota se abandona a la voluntad ajena»⁶⁷ rezaba un texto de la publicación *La Idea Libre* en 1902. Si la emancipación del pueblo tenía que ser exclusivamente por el propio pueblo, ¿qué sentido tenían los Parlamentos y las elecciones que los formaban? Ninguno; la democracia no era sino el medio burgués para mantener incólume el sistema explotador: «la misma democracia nada podrá hacer en nuestro favor porque no podrá tocar el capitalismo [...] de la urna electoral no ha salido todavía ese bondadoso gobierno con que sueñan los ilusos»⁶⁸ expresaba Josep Llunas en 1887 a través de *El productor*. Así, de ningún modo los anarquistas participarían ni votando, porque era una farsa —el abstencionismo electoral fue una táctica profundamente anarquista—, ni presentando a sus propios candidatos a elección alguna, puesto que ambas cosas serían aceptar la autoridad tiránica del Estado. Pero, por reseñar la excepcional contradicción de todo lo mencionado antes, no se debe obviar la importante implicación y participación de la CNT en el Gobierno republicano del Frente Popular durante la Guerra Civil, lo cual evidencia que, al defender por las armas a la República, no estuvieron completamente impávidos ante los graves cambios en la política burguesa en forma de nuevos regímenes que podían socavar las libertades conseguidas por Gobiernos no revolucionarios.

No aspiraban por medio de la «acción directa» los anarquistas españoles a conquistar el poder, sino a destruirlo. Pero eso no significa que la acción directa tuviera que ser exclusivamente violenta o la «propaganda por el hecho», podían ser actos pacíficos en los que cabían numerosos actos de resistencia y oposición contra el Estado que no implicaban ni la bomba ni el derramamiento de sangre: la huelga, negarse al reclutamiento de las injustas quintas, no pagar impuestos ni alquileres, el citado abstencionismo electoral, la propaganda incendiaria contra los Gobiernos, etc.

Si el Estado era inútil y su praxis política una farsa democrática, solo cabía la libertad del individuo como único mecanismo de convivencia y socialización, es decir, la propia conciencia de cada persona, sin constricciones estatales-gubernamentales, decide en última instancia la forma de obrar, de relacionarse económica y socialmente con sus semejantes. La libertad individual es la premisa base del anarquismo, el principio primero y último de todo, el derecho natural que está absolutamente por encima de todo y de todos, porque solo existe el individuo—el individuo es la única realidad y la sociedad no existe

⁶⁷ Cit. por Álvarez Junco, p. 410

⁶⁸ Cit. por *ibid.* p. 409

diría Bakunin⁶⁹— y nada ni nadie debe restringirle, aún menos la sociedad, por ser esta, según Ricardo Mella, «una abstracción de nuestra mente»⁷⁰. Por otro lado, esa extrema exaltación del individuo no significaba que se estuviera aceptando una vida aislada individual o negando la naturaleza social del hombre, sino que es una compleja dualidad individualismo-comunitarismo⁷¹: la sociedad es necesaria para el hombre, porque sin ella ni puede ejercer la libertad ni alcanzar su plenitud. Al respecto, diría Anselmo Lorenzo a través de *La Revista Blanca* que la sociedad «crea la libertad de los individuos humanos; es como la raíz y el árbol y la libertad es su fruto»⁷². Harto compleja esta idea de libertad suprema adquirida por la colectividad. En España esa aparentemente dicotomía insalvable individuo-comunidad se solventó —indica acertadamente Álvarez Junco— con la propuesta del «colectivismo»⁷³, pues, como se explicó anteriormente en este TFG, los bienes de producción eran comunes, pero no los productos resultantes de su trabajo. No se debe dejar de señalar que incluso hubo críticas abiertas de los propios anarquistas contra el individualismo, tachándolo de «muerte», «aberración mayor» o de «bárbaro individualismo», lo cual, por otro lado, no debe sorprender dada la ambigüedad de un conjunto teórico tan abstracto como el anarquista. Sea como fuere, la libertad individual había de enfrentarse al Estado —en tanto que opresor y coaccionador de aquella— no a la sociedad, que era intrínsecamente fundamental para el desarrollo humano.

En esta exaltación individualista estaba implícito el antiteísmo. El individuo era por y para él, única medida de todo: no podía existir ni un ser ni un mundo ultraterrenal. Bakunin lo resume tajante: «mientras tengamos un amo en el cielo seremos esclavos sobre la tierra [...] Dios es el expoliador absoluto [...] si Dios existiera habría que destruirlo»⁷⁴. Asumieron los anarquistas españoles la tesis antiteísta: «Dios y Hombre son antagónicos, no pueden existir conjuntamente, se destruyen [...]» escribiría Mella. Bajaron a Dios y lo homologaron a los gobernantes, pues, del mismo modo, pero por otros medios, la sola idea de Dios oprime e impide la liberación total cual tirano terrenal. Así, Dios era sustituido por el Hombre, la fe por la razón, verdadera esencia humana. Y si era la razón el instrumento imperante, de ningún modo eran necesarios ya los dogmas religiosos, vetustos conceptos metafísicos esgrimidos por necesidad en tiempos de oscurantismo y

⁶⁹ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 17

⁷⁰ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 18

⁷¹ Álvarez Junco, 1991, p. 22

⁷² Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 21

⁷³ Álvarez Junco, 1991, p. 22

⁷⁴ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 30-31

de «escaso desarrollo —diría Anselmo Lorenzo— de la mente humana»⁷⁵. De modo que es fácil deducir que ese antiteísmo fuera la raíz del característico anticlericalismo del anarquismo español. No podía ser la institución que durante siglos fue el óbice insalvable para el desarrollo de la mente humana y las ciencias, la Iglesia católica, hacedora del oscurantismo endémico, la que se arrogara la moral. Esta, la de impedir el progreso humano, fue la mayor y más generalizada crítica contra la Iglesia, que no era sino un elemento autócrata más, seguida de la crítica a la corrupción del clero. Huelga decir que los anarquistas aborrecieron cualquier práctica o símbolo religiosos. «El cristianismo ha muerto» predicaban unos y otros autores anarquistas.

El imperio de la razón y la libertad individual, y la necesidad de convivir en sociedad, conducían al pacto como único cauce para la convivencia armoniosa, para organizar individualidades con individualidades. El pacto libre, sin intermediación de autoridades, era el único modo de alcanzar la «armonía natural» —concepto muy anarquista— de la sociedad. Los pactos eran acuerdos libres y sin coacciones de ningún tipo entre productores (productor es cualquier individuo que hace algo útil⁷⁶) que establecerían cómo relacionarse según sus intereses, sus fines y/o capacidades a fin de organizar la producción, su distribución y todos los servicios necesarios. El productor —unidad básica social— se agruparía libremente con otros que desempeñaran idéntica profesión en secciones de oficio, a su vez, estas se asociarían con las demás secciones de oficio para formar un municipio autónomo o federación de colectividades municipales, aunando la propiedad colectiva y la dirección no autoritaria de los asuntos públicos, combinación perfecta para Kropotkin⁷⁷. Todas esas federaciones municipales se agruparían en federaciones comarcales y/o regionales, para alcanzar el nivel siguiente y definitivo de una federación universal: todas las asociaciones, por tanto, todos los individuos, se relacionarían libremente y acordarían mediante pactos y deliberaciones la resolución de los problemas que pudieran ocasionarse por los conflictos de intereses. Y lo podrían hacer, porque a diferencia de las estáticas y rígidas leyes, los pactos eran dinámicos, ajustables a las necesidades reales del momento, a todas luces, versátiles.

Esta teoría de las federaciones o federalismo tuvo un fuerte arraigo en España desde un principio a través de la pluma de Pi i Margall, quien había absorbido las enseñanzas de Proudhon. Teorizaron al respecto profusamente, sobre todo Anselmo Lorenzo, y

⁷⁵ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 36

⁷⁶ Anselmo Lorenzo cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 323

⁷⁷ Cit. por Álvarez Junco, 1991, p. 325

dejaron diseminada sus pingües ideas por las diversas publicaciones anarquistas del momento.

6. CONCLUSIONES. ¿POR QUÉ ARRAIGÓ EL ANARQUISMO EN ESPAÑA?

Es la del arraigo anarquista en nuestro país la cuestión por antonomasia. Sería, y es simplista no aducir diversas causas y motivos, no advertir la inmensa casuística al respecto. Por ello se deben descartar las teorías que pudieran hacer referencias a la propia idiosincrasia del pueblo español, a su supuesto «guerracivilismo» innato o al paroxismo endémico que, supuestamente, caracterizara al pueblo español. No fue un fenómeno ni exclusiva ni intrínsecamente español, es más, los anarquistas españoles recogieron más teorías y propuestas llegadas del extranjero que las que produjeron originalmente.

Se recogen a continuación las causas y/o factores que favorecieron el arraigo anarquista en España expuestos por los autores consultados para la elaboración de este TFG.

En primer lugar, para contextualizar se deben enumerar los problemas endémicos que se aprecian en la España del Ochocientos, es decir, el sustrato sobre el que creció el movimiento libertario: el relativo atraso económico respecto a los demás países europeos, una Iglesia con una enorme influencia, un ejército intervencionista y anticuado, un estado autoritario e ineficaz caracterizado por una corrupción política y una manipulación electoral (cuando pudieron votar) sistemáticas.

Al respecto de por qué arraigó tan prontamente expresó —ya mostrado antes— Antonio Elorza que, en parte, las enseñanzas que trajo Fanelli consigo fueron asimiladas fácil porque las capas populares estaban familiarizadas con Proudhon, es decir, la gran influencia de Proudhon «como puente para la penetración del bakunismo en la conciencia obrera»⁷⁸. También hace referencia el autor a la habilidad que los anarquistas demostraron al utilizar a su favor desde primerísimos momentos los espacios republicanos (prensa, sobre todo) para cortar los lazos habidos entre los obreros y las ideas republicanas federalistas que la mayoría obrera profesaba⁷⁹.

El factor económico tiene severas limitaciones, no puede explicar de por sí solo la cuestión, pero no deja de ser importante. Coinciden en el atraso económico como factor que pudo propiciar el arraigo anarquista. Villanueva explica que las desigualdades entre una minoría muy rica con influencia política y social, erigida en oligarquía, y la mayoría pobre, sin la existencia de la clase media, generaban una sociedad desarticulada, proclive

⁷⁸ Hofmann et ali (eds.), 1995, 81-82

⁷⁹ Ibid., p. 84

al conflicto y odio social⁸⁰. El desarrollo tardío y desigual en el país —escribe Álvarez Junco— mantuvo formas artesanales y agrícolas antiguas, y, por consiguiente, que la mentalidad artesanal podía conectar mejor con los esquemas políticos anarquistas⁸¹ (pero, ciertamente, también arraigo en ciudades industrializadas como Barcelona), concretando la similitud de las agitaciones agrarias preanarquistas en España con el modelo de insurrección de inspiración bakunista⁸².

Más acertado parece señalar el factor político. El Estado español, autoritario e ineficiente no supo ni pudo extender prestaciones para la población ni llevar a cabo reformas que satisficieran las necesidades concretas del pueblo, sino que era completamente ignorante de la realidad social y siempre proclive a la intervención militar para sofocar los conflictos sociales de turno⁸³ con el omnipresente método de declarar el Estado de Excepción, o lo que es lo mismo: la represión armada institucionalizada. Los ciudadanos percibían cómo los cambios políticos eran minúsculos y pronto entendieron que la oligarquía que gobernaba practicando el pucherazo no se movería hacia el bien común, sino hacia sus propios intereses. Todo lo cual degeneró en un fuerte desapego y decepción de los obreros ante la política.

El factor cultural y religioso, materializado en el analfabetismo y el abrumador protagonismo social de la Iglesia Católica, se puede relacionar con la difusión del anarquismo en España. Aduce Álvarez Junco que, a pesar del rápido proceso de secularización de la sociedad española durante el siglo XIX, pervivió la mentalidad religiosa, por lo que el anarquismo pudo sustituir al catolicismo ofreciendo un planteamiento redentorista y apocalíptico con una fuerte carga moral que podía asemejarse⁸⁴: una lucha entre el Bien y el Mal, referencias o asociaciones al Anticristo, a un mesías y demás elementos que podían ser entendidos y relacionados por quienes habían recibido los dogmas religiosos, que eran mayoría entre las capas sociales bajas

Otro factor, que no obedece a la esfera económica ni política ni social, reside en la singular idiosincrasia del movimiento. La propia naturaleza abstracta y poliédrica del anarquismo le permitió que confluyera con otras protestas sociales y que se moldeara según las vicisitudes del momento —«anarquismo de múltiples caras»⁸⁵ señala

⁸⁰ Villanueva, 2013, p. 208

⁸¹ Álvarez Junco en Casanova (coord.), 2010, p. 28

⁸² Álvarez Junco, 1991, p. 589

⁸³ Vicente Villanueva, 2013, p. 208

⁸⁴ Álvarez Junco, 1991, p. 592-595 y Álvarez Junco en Casanova (coord.), 2010, p. 28-30

⁸⁵ Vicente Villanueva, 2013, p. 210

Villanueva—. De este modo pudo adherirse, aunque fuera temporalmente y por intereses concretos, a otras causas y tener mayor proyección social.

López Estudillo recoge que gran número de estudiosos apuntaron que «el espontaneísmo fue un rasgo crucial para explicar el éxito del anarquismo español»⁸⁶. El propio autor lo rebate y señala la matización, pues parece que era práctica habitual desde los medios anarquistas hacerse eco de y solidarizarse con conflictos en los que ni siquiera habían participado directamente o que la Internacional española había fijado el mecanismo de un estudio científico de las condiciones objetivas de victoria previo a la convocatoria de huelga con el fin de evitar que espontáneamente proliferaran sobremanera.

Herrerín López se pregunta acerca de la combinación de violencia anarquista y represión estatal como factores que influyeron de algún modo en la implantación del anarquismo. Al terrorismo anarquista, que afectó a buena parte de la población colateralmente, le siguió una represión sistemática «ilegal, indiscriminada y brutal» por parte del Estado. La «propaganda por el hecho» tornó para los anarquistas en «propaganda por la represión» en cuanto pudieron contar a través de mítines y la prensa las torturas y vejaciones a que fueron sometidos por el Estado, trasunto de Inquisición moderna. La imagen de Estado opresor daba credibilidad a los postulados antiestatistas anarquistas y la «propaganda por la represión» elevaba a mártires por la libertad, por la justicia social y contra la represión a los anarquistas⁸⁷.

Tras lo expuesto, no hay duda de que ningún factor es concluyente por sí solo para explicar el éxito del anarquismo en nuestro país. Como bien indica más de un autor, se explique el arraigo por la confluencia de todos los factores dados, o quizá de los conocidos con otros que aún están por ver.

⁸⁶ Tavera, 2002, p. 75

⁸⁷ Herrerin López, 2011, p. 287

7. BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, José (1991): *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, Siglo XXI de España Editores.
- AVILÉS, Juan y Ángel HERRERÍN (eds.) (2008): *El nacimiento del terrorismo en Occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, en línea: <<https://elibro.net/es/ereader/unizar/47489>>.
- BOOKCHIN, Murray (2000): *Los anarquistas españoles. Los años heroicos 1868-1936*, Valencia, Numa Ediciones 2000.
- CASANOVA, Julián (2007): *Anarquismo y violencia política en la España del siglo XX*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- (coord.)(2012): *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*, Barcelona, Crítica.
- (2020): «Un mundo de privilegio, lujo y poder», en *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*, Barcelona, Crítica, pp. 21-45.
- HERRERÍN LÓPEZ, Ángel (2011): *Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en la España de entre siglos (1868-1909)*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- HOFMANN, Bert, Pere JOANI TOUS y Manfred TIETZ (eds.) (1995): *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Madrid, Vervuert-Iberoamericana.
- MARÍN, Dolors (2010): *Anarquismo: Un siglo de movimiento libertario en España*, Madrid, Editorial Ariel.
- (2014): *Anarquismo. Una introducción*, Barcelona, Editorial Ariel.
- PANIAGUA, Javier (2012): *Breve historia del anarquismo*, Madrid, Ediciones Nowtilus.
- (1985): «El anarquismo», *Cuadernos Historia* 16, 157.
- TAVERA, Susanna (2002): «El anarquismo español», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 45, pp. 13-219, en línea: <<http://revistaayer.com/anteriores/55>>.
- TERMES, Josep (2011): *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, Barcelona, RBA Libros.
- VV. AA. (2017), «Modernidad y tradición (1875-1931)», en CANAL, Jordi, *Historia Contemporánea de España. Volumen I. 1808-1931*, Barcelona, Taurus, pp. 581-829
- VICENTE VILLANUEVA, Laura (2013): *Historia del anarquismo en España. Utopía y realidad*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

8. ANEXO

8.1. Hitos-fechas clave

1864. Se funda en Londres la Asociación Internacional del Trabajo (AIT).
- 1868, oct. Gira de Giuseppe Fanelli por España.
- 1869, ene. Constitución del primer núcleo provisional de la AIT en Madrid.
- 1870, jun. I Congreso Obrero Nacional en Barcelona que constituye oficialmente la Federación de la Región Española (FRE) de la AIT.
1871. Conferencia secreta de los internacionalistas en Valencia.
- 1872, abr. II Congreso de la FRE en Zaragoza.
- , sep. Expulsión de los anarquistas del V Congreso de la AIT en La Haya.
- , dic. III Congreso de la FRE en Córdoba que ratificó la posición bakunista española.
- 1873, jul. Insurrecciones cantonalistas.
- 1874, ene. Golpe de Estado del general Pavía.
- , IV Congreso de la FRE, Madrid.
- , dic. Pronunciamiento militar monárquico de Martínez Campos en Sagunto.
- 1879, may. Fundación del Partido Obrero Español (PSOE).
1881. Creación de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE).
- , jul. Congreso Anarquista de Londres que reafirmó la «propaganda por el hecho»
1883. III Congreso de la FTRE en Valencia.
1886. Aparece la revista *Acracia*.
1888. Fundación de la Unión General de Trabajadores (UGT).
- , Se disuelve la FTRE.
- , may. Graves incidentes y huelga tras las conmemoraciones del Primero de Mayo en Barcelona.
1891. Malatesta visita España.
- , may. Tras el Primero de Mayo fuertes enfrentamientos de anarquistas contra ejército y Guardia Civil en Cádiz.
- , ago. Explosiones de «petardos» por toda la ciudad de Cádiz.
- 1892, ene. Los Sucesos de Jerez.
- , jun. Huelga general en Cataluña.
- 1893, jun. Explosión de una bomba en el Paseo de la Castellana de Madrid.
- , sep. Atentado de la Gran Vía barcelonesa contra el general Martínez Campos.
- , nov. Atentado con bombas en el Teatro del Liceo de Barcelona.

1894, ene. Atentado contra el gobernador civil de Barcelona, R. Larroca.
—, jul. Aprobación de la «ley antianarquista» en España.
1896, jun. Atentado de Cambios Nuevos en Barcelona contra la procesión del *Corpus*
—, dic. Se inicia el Proceso de Montjuic por los atentados barceloneses.
1897, ago. Michelle Angiolillo asesina a Cánovas del Castillo en Guipúzcoa.
1898. Federico Urales funda la *Revista Blanca*.
—, nov. Conferencia Internacional para la Defensa Social contra los Anarquistas en Roma.
1904, abr. Atentado contra el presidente del Gobierno, Antonio Maura, en Barcelona.
1905, may. Atentado contra Alfonso XIII en París.
1906, may. Atentado de Mateo Morral contra Alfonso XIII el día de su boda en Madrid.
1907. Nace Solidaridad Obrera.
1908. I Congreso de Solidaridad Obrera en Barcelona.
1909, jul. «Semana Trágica» de Barcelona.
—, oct. Francisco Ferrer y Guardia, impulsor de la Escuela Moderna es ejecutado en Montjuic.
1910, oct.-nov. II Congreso de Solidaridad Obrera y consiguiente fundación de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en Barcelona.

8.2. Imágenes



El núcleo fundador de la Internacional en España, 1868:

A – Giuseppe Fanelli; B – José Rubau Donadeu; C – Nicolás Rodríguez, lampista;
D – José Fernández, broncista; 1 – Ángel Cenagorta, sastre; 2 – Manuel Cano, pintor;
3 – Francisco Mora, zapatero; 5 – Antoni Cerrudo, dorador; 6 – Enrique Borrell, sastre;
7 – Anselmo Lorenzo, tipógrafo; 8 – José Posyol, tipógrafo; 9 – Julio Rubau Donadeu,
litógrafo; 10 – José Adsuar, cordelero; 11 – Miguel Lángara, pintor; 12 – Quintín
Rodríguez, pintor; 13 – Antonio Gimeno, equitador; 14 – Enrique Simancas, grabador;
15 – Ángel Mora, carpintero; 16 – Tomás Fernández, tipógrafo; 17 – Benito Rodríguez, pintor.
(Colección Instituto Internacional de Historia Social, Ámsterdam.)

Fig. 1. Fundadores de la FRE, Madrid, 1868, en Casanova (coord.), 2010, p. 41



Fig. 2. Mikhail Bakunin, en Paniagua, 1985, p. 3.



Fig. 3. Anselmo lorenzo, en Casanova, 2010, p. 222



Fig. 4. Proudhon, retrato de G. Courbet, 1865, en Paniagua, 2012, p. 35



Fig. 5. «La cacería», *La Revista Blanca*, Madrid, 1902, en Álvarez Junco, 1991, p.



Fig. 6. Ricardo Mella, Colección Instituto Internacional de Historia Social, en <https://iisg.amsterdam/en/detail?id=https%3A%2F%2Fiisg.amsterdam%2Fid%2Fitem%2F1263917>